

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7,50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 267

Sevilla—Miércoles 20 de Noviembre de 1901

AÑO XXV

En las postrimerías

Esto se acaba. Escándalos electorales que han producido derramamiento de sangre. Alborotos estudiantiles en Barcelona y Madrid, con sus heridos y contusos correspondientes, y con lesiones graves para el principio de autoridad y para el prestigio del Gobierno y del régimen. Acalorados debates en el Parlamento, con merma de la autoridad presidencial, que se equivoca e infringe el reglamento de la Cámara, abriendo dos veces la sesión.

Los catalanistas asomando de nuevo su áspera faz, ofreciendo guerrero continente.

Y en medio de todas estas desventuras, de todos estos tristísimos sucesos, la *Gaceta* anuncia un acontecimiento sensacional en lugar preferente.

La señora princesa de Asturias ha entrado en el noveno mes de su embarazo. ¡Españoles, ya podéis estar satisfechos, y, en acción de gracias dar una cana al aire, que dentro de pocos días ya tenéis un príncipe más a quien ofrecer los sentimientos de vuestra adhesión, y ofrecer el fruto de vuestras cosechas y de vuestro trabajo!

El cuadro que ofrece la nación no puede ser más triste. Parece que estamos tocando los momentos de la disolución, los días tristísimos que preceden a la muerte de un enfermo que va perdiendo sucesivamente las energías, sin que los elementos de la ciencia sean suficientes a destruir la causa del mal y los progresos de la debilidad que mina el organismo nacional.

Liberales, conservadores y tetuanistas a una, se han pronunciado contra el voto particular de la Unión Nacional, oponiéndose a la toma en consideración por ser anticonstitucional, como ya afirmábamos nosotros en anteriores artículos; y así tenía que ser, porque el voto, en la forma que se presentó, no significaba nada, no estando sus autores dispuestos a reparar el puente y decidirse al lado del país, y resultante de todo aquello que se opone a que la nación salga de la postración en que se halla sumida desde la catástrofe de 1898.

Y cuenta que en estos momentos de alarma, en estos días de constante perturbación en que la indisciplina y la disolución de los resortes morales andan juntas por esas calles y por esos pueblos de España, era la ocasión más oportuna de haber levantado el espíritu público, excitado y lleno de indignación por los atropellos cometidos en la última contienda electoral, para que los autores del voto hubieran hecho una buena hombrada; pero ni por esas, ni aun por la forma como su voto fue impugnado.

Los republicanos siguen siendo testigos mudos de cuanto en el Parlamento ocurre, y limitan su acción a una pasividad que sólo la ocupan para defender el acta de algún amigo o discípulo. El elemento joven no ha tomado asiento todavía en este período parlamentario, ocupado en apoyar en las provincias las candidaturas republicanas que han hecho triunfar; y si, como se afirma, en los días que restan van a tomar activa participación, nosotros nos felicitamos de ellos y enviaremos nuestro entusiasta parabién; si saben alisar la discordia, acentuarán las diferencias de la mayoría parlamentaria y demás grupos monárquicos, para que este período de disolución concluya rápidamente, y vayamos a una situación definitiva y estable.

Así cumplirán con su deber, realizarán un inmenso servicio a la Patria, y los republicanos y los buenos españoles tendremos que agradecerles que nos hayan conducido al logro de nuestras aspiraciones.

La opinión está bien dispuesta. El pueblo está apercebido. Todos los elementos de lucha, todos los hombres de buena voluntad, todos los verdaderos amantes de España, están con el oído atento para secundar la orden del que se sienta caudillo de nuestra regeneración.

Pero si hacen lo que los señores mayores, y se sienten con ellos correctos, prudentes y comedidos, entonces habrá que de esperar de sus ofrecimientos, y el pueblo, sin dirección, sin cabeza, guiado por los impulsos de su amor a la democracia y a España, se desbordará para acabar de una vez con esta crisis larguísima en que

cada día que pasa se va dejando entre las zarcas algo muy integrante al honor de España y a la dignidad del pueblo español.

Asistimos a las postrimerías de un régimen que se muere por asfixia pero téngase presente que si no tenemos energías para evitar la caída con el régimen, caerá España, y se borrará su historia, para que desaparezca como nación autónoma e independiente, pasando al servicio de otra potencia.

A. A.

Nota del día

Un telegrama remitido a Sevilla desde Cádiz dice que el general de Marina señor Eulate no acudió a recibir en el muelle de aquel puerto los restos del marino que desde la Habana, o Santiago de Cuba, nos envían nuestros enemigos los yanquis, suponiéndolos el cadáver de Villamil, porque dicho señor general tiene la certeza de que no son esos huesos que nos envían los huesos de aquel héroe marino, que sucumbió en el puente de un destroyer, atado al sitio que era su puesto de honor, y que estaba convencido, desde que saliera de la Península, que sería su tumba.

Villamil fué uno de los marineros que, al abandonar a su querida España para cumplir con su obligación de guerrero, se despidió de todos sus afectos para no volver.

No encuentro razonable la disculpa que el corresponsal telegráfico pone en boca del señor Eulate para no haber asistido al recibimiento de los restos de un marino que dió su vida por la patria, sin tener en cuenta si tenía o no galones en las bocamangas.

Tan grande es el sacrificio en uno como en otro.

¿Qué digo tan grande? Mayor, quizá, lo sería en ese héroe desconocido, si, como presumo, fué arrancado de su hogar para defender la patria, y con ella las hermosas prebendas y los títulos honoríficos de los que a costa de la patria viven.

Los mismos honores y el mismo respeto merecen los cadáveres cuando lo son por sacrificio en el ara de la patria.

No podemos creer que el Sr. Eulate, testigo y víctima de aquella horrenda hecatombe, le haya negado su concurso piadoso a ese desconocido marino que viene buscando tierra española en que reposar.

Ese, muriendo por la patria, sin galones en las bocamangas, si no los tenía, es más grande, mil veces más grande, que el general Cervera entregándose vivo y prisionero al vencedor.

Esas oficiosidades rituales carecen de sentido común.

¡Hasta para merecer misericordia se ha de tener en cuenta la clase!

La venerable figura de Eulate, entregando su espada con lágrimas en los ojos, y herido en la contienda desigual que nos arrebató nuestras colonias en América, era grande, magistral.

La figura de Eulate, negándose a rendir homenaje de respeto al cadáver de un marino español por no ser Villamil, resulta muy pequeña.

Ese corresponsal que ha teleografiado padece una equivocación.

No podemos creer que eso haya sucedido así... como lo cuentan.

J. RODRIGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

En toda España hay una paralización cerebral que asombra.

Ni Cortes, ni Ateneos, ni Sociedades, ni parroquias, dan fe de vida; quiero decir de vida laboriosa, de vida que trascienda a lucha.

El Parlamento cada día que pasa más des-acreditado. La voz de la verdad no resuena por ninguna parte.

Sagasta, escondido en su alcaoba de convaliente, alcaoba que huele a sepulcro.

Gamazo, luchando ante las puertas del Infierno, sin decidirse a entrar por cualquiera de ellas, convencido de que con bendiciones se lavan las culpas.

Montero Ríos, dándose las de dios y esfinge entre las ilustres inutilidades adineradas que ocupan los escaños del Senado, porque ya no tienen otra cosa que ocupar.

Moret, desde su presidencia del Congreso, esquivando los escollos a la nave fusionista con una imparcialidad caballerosa digna de ser agradecida y alabada.

Canalejas, banderilleando y capeando a la situación desde su *Heraldo*, hoy declarándose ministerial, mañana antiministerial, y siempre el equivoco eterno de todo aquel que no sabe imprimir carácter a su personalidad por falta de convicciones y por sobra de picardías.

Weyler, encerrado en su ministerio de la Guerra, del que, a buena cuenta, resultará lo que del parto de los montes: un ratón, que será aplastado por el primer hombre de coraje que tenga talón en las botas.

Y todos juntos, y cada uno de por sí, echando días atrás y haciendo por los amigos lo que debieran hacer por la patria, si fuera verdad eso de patria, que a mí me parece que no lo es.

Así vivimos, y así vamos a entrar en el invierno, que se acerca ya con su compañía de miserias y resfriados.

La situación local sevillana corresponde dignamente a la situación política nacional.

El gobernador Sr. Ordax y Avevilla se nos huyó sin decir—Ustedes lo pasen bien—y haciéndose rey, ó de debilidades cometidas ó consentidas, ó de falta de carácter para corresponder a la confianza de sus gobernados.

El señor Alcalde, cogido entre el barullo de unas elecciones vergonzosas, de la que no ha de sacar el sino disgustos, porque después que salga del Ayuntamiento se va a quedar a la luna del marqués de Paradas, correteando por los salones del ministerio de la Gobernación de Madrid para esquivar el chaparrón de acusaciones gamacistas que se le viene encima como una lluvia de moscas de caballo.

Nuestro presidente de la Diputación provincial, matando la pulea de tantos entredos en la dulce tranquilidad de su casa solariega en Ecija, viendo cómo sus graneros rebosan el trigo rubio, y cómo los molinos aceiteros chorrean la sangre brillante de las olivas.

Tenemos, pues, el gobierno sin Gobernador; la alcaldía, sin Alcalde; y la diputación sin Presidente.

Las calles y las carreteras sin autoridades propietarias.

Tamaño desconcierto no es óbice para que nuestra vida regular siga su curso sosegado.

Todo sigue como ayer.

Y yo he tomado mi café por la mañana como si hubiera Gobernador, Alcalde y Presidente de Diputación.

Sin embargo... aunque yo esté con esta santa tranquilidad, no lo están los que han echado sobre sus hombros la árdua tarea de suplir a los que se han ido.

El señor Gobernador interino ha comenzado a deshacer chirliatas y burlotes, al decir de los que olisquean en las oficinas, ordenando a la vez que durante las primeras horas de la noche las muchachas dadas y compasivas no pasen sus encantos por las calles céntricas de la población. Por las que no son céntricas, pueden hacerlo, porque, por esas, quienes pasamos, no nos asustamos, ni protestamos, ni nos enfadamos, sino que... vamos, lo soportamos.

En lo que se relaciona con la alcaldía, hay un lío armado de dos mil notarios.

El Sr. Palomino, al marcharse a Madrid, le dijo al Sr. Amores:

—¡Ah! tiene usted el sillón: siéntese en él hasta que yo vuelva.

Se sienta el Sr. Amores, pero los gamacistas, que no tienen otra cosa en que ocuparse si no es en reparar todas las leyes habidas y por haber, y todos los recovecos por donde se puede uno escapar de ellas, acuden presurosos, con su notario—porque no se comprende un gamacista sin un notario, ni un notario sin un gamacista—y requieren al Sr. Amores para que declare en virtud de qué artículo de los 400.543.230 que tienen las leyes españolas, ocupa el sillón presidencial.

Y aquí era de ver al Sr. Amores, con aquella avalancha de artículos de la ley por delante, y con el notario y los gamacistas enfrente, turuluto, indeciso y sin saber qué contestar.

—Señores—dijo.—El alcalde, al marcharse, díjome que me hiciera cargo de la alcaldía por creer que, para una interinidad de cuatro ó cinco días, no habían ustedes de revolver a Roma con Santiago. Esta es una costumbre que aquí se viene tolerando, mucho más si se tiene en cuenta que aquel que le corresponde por derecho no quiere meterse en estos berengales, tanto más cuanto que le ha tocado salir del Ayuntamiento precisamente porque serviría para algo.

—Señor notario—dicen los gamacistas—levante usted acta de esas manifestaciones, por que con ellas y con el acta nos vamos a levantar

hasta el Nuncio apostólico; ¡y... ó nos concede todos los concejales que hemos sacado, ó vamos á empapelar hasta á Rojas, el portero de la Alcaldía!

Y á estas horas, que Dios bendiga, los sevillanos no sabemos si el Ayuntamiento está en la Plaza de la Constitución ó en la Peña Liberal.

Y yo, que tengo empeño en que urbanicen el trayecto que media entre la calle Reyes Católicos y el Puente de Isabel II, no sé á quién dirirgirme á pedirle los adoquines: si al Ayuntamiento que está en las Casas Consistoriales, ó al Ayuntamiento que habita, con su notario de guardia, en la Peña Liberal.

Un periódico monárquico de los de nuestra ciudad dice que en Sevilla estamos en una grande horfandad. ¿Y le pone usted la hache para que nos consolemos? ¡Hombre, déjela sin ella, ya que huérfanos nos vemos!

Las señoras, es decir, las grandes señoras de nuestra capital, apesadumbradas porque los frailes, sus frailes rollizos, los que las consuelan en sus tribulaciones y desdichas, están puestos en entredicho y abogados á salir por las carreteras en cuanto se levante una racha de españolismo viril, han acordado... oigan ustedes:

«Habiendo surgido entre varias Señoras de nuestra capital el laudable pensamiento de dirigir una Exposición á S. M. la Reina Regente en demanda de su apoyo á favor de las Ordenes Religiosas, y deseando, al mismo tiempo que las invitan á todas, facilitarles centros donde puedan adherirse á tan santa obra, han determinado fijar los domicilios...»

Colocan las señas de los domicilios en que se recibirán á todas las señoras que amen á los frailes.

Yo sé de dos que serán las primeras en acudir.

¡Como que les va en ellos el pisito amueblado y... lo que se calla para que no me digan mala lengua!

Un periódico local, despidiendo al actor señor García Ortega y á la compañía que trabaja bajo su dirección, que han salido de Sevilla escaldados, exclama:

«Es de justicia decirlo, y por eso lo hacemos constar antes de que se marchen de Sevilla el señor García Ortega y su compañía. Su escrupulo de artista puede quedar satisfecho y el público, aun el que no ha concurrido al teatro, lo estima así.»

¡El colmo de la estimación! Aun aquellos que no han ido al teatro, ni saben siquiera que en el mundo existe un actor que se llama García Ortega, aun esos han quedado satisfechos de la labor hecha en Sevilla por el susodicho cómico.

Y hasta los habitantes de París, Berlín y San Petersburgo, están satisfechos de la labor hecha en Sevilla por dichos cómicos en el diálogo *Los Melones* y en el monólogo *La Sandía*.

¡Vivir para... leer gacetas como esa!

CARRASQUILLA.

Emigrantes

Causa pena la lectura de los periódicos gallegos. Galicia se despuebla. Las aldeas quedan desiertas, los campos abandonados. Familias enteras se embarcan para América. En el mes último salieron del puerto de la Coruña más de tres mil emigrantes.

Hay que poner coto á la emigración, dicen los periódicos. Es preciso convencer á esos ilusos que nada van ganando con trasladarse á remotos climas...

¡La canción de siempre! Las mismas lamentaciones estériles. No parece sino que los que escriben esos periódicos están pagados por los que viven del sudor del pobre.

Ven éstos con espanto que disminuye el número de los esclavos y que, apesar de la prolífica fecundidad de la raza gallega, va á ser pronto muy difícil encontrar quien cultive los campos y trabaje en las minas que ahora comienzan a explotarse. Será necesario llamar gente forastera menos frugal y más despierta y que, por lo tanto, se hará pagar jornales más elevados.

Aquí está el busilis, aquí está el origen de esas lamentaciones y de esas lágrimas de cocodrilo, derramadas por las plañideras asalariadas de la prensa.

No quieren que los infelices emigrantes vayan a pasar trabajos a países remotos. Lo incierto de su porvenir les produce espanto. Todo se les vuelve pintar cuadros pavorosos, escenas de desolación y terribles fatigas. No deben, no, ir a fecundar esas tierras lejanas con el sudor de su frente. Si quieren trabajar, aquí está la fortuna, aquí está la dicha. No deben ser hijos ingratos. La patria, la amada patria, necesita sus esfuerzos....

¡La patria!... ¡Qué sabe el pobre campesino gallego de la patria!... Si alguna vez se trasladó a la seca y árida Castilla formando parte de una cuadrilla de segadores, sólo recibió insultos y desprecios. Los hombres, las mujeres, los chiquillos, los capataces crueles, los campos abrasados y el sol implacable, se confabularon para hacerle pasar toda clase de tormentos.... Por muy mal que traten a los gallegos en la isla de Cuba y en Buenos Aires, no los tratarán peor que en la árida Castilla.

¡La patria!... Sólo le hablaron de ella cuando había guerra en Cuba y Filipinas y se derramaba a torrentes la sangre de los pobres.

Bastante pena experimentarán, sin duda, los infelices emigrantes al abandonar, quizás para siempre, el terruño amado. Son estos una clase de dolores que no aciertan a comprender las plañideras aludidas. Como dice Kropotkine, es preciso sumarse en la existencia popular para atreverse a retratarla.

Para poder hablar de las tristezas, de las penas, de los inenarrables sufrimientos de los emigrantes, es preciso haber hecho un viaje a América de más de veinte días, como yo lo hice en uno de esos vapores que han sustituido a los bergantines negreros, que ahora llevan amontonados en las sentinas a los esclavos blancos.

Antes de llegar al puerto lejano donde espera encontrar el desgraciado emigrante el bienestar y la riqueza, se ve sometido a toda clase de amarguras. Tiene que sufrir hambre y sed. El asombro que le produce el grandioso espectáculo del mar en calma o agitado por la tempestad no logra borrar de su mente el recuerdo melancólico del país natal. Para que su condición sea idéntica a la del esclavo negro, sólo falta el rebenque del arráz. No tiene derecho a quejarse.

Los lobos de a bordo vigilan sin descanso y al menor conato de protesta lo llevan a la barra. Y pasan días y días y parece que nunca llega el fin del viaje. El desdichado emigrante se convierte poco a poco en un espectro. El mareo, el hambre, los recuerdos, la zozobra y el sobresalto que le producen la próxima llegada a un país desconocido, le dejan reducido a los pocos huesos. Sus ropas sucias y su cuerpo flácido se cubren de parásitos. La asquerosa bazofia que le dan en el barco le produce náuseas y se ve atormentado de continuo por una sed espantosa. Y hasta llega a tener envidia de los flacos bueyes que van amarrados sobre cubiertas, y con los cuales se muestran más compasivas las empresas navieras, dándoles por mañana y tarde un cubo de agua....

En el departamento de las mujeres aumenta la tristeza. Se las ve desgredadas, sucias, cadavéricas, sin alientos para moverse, quejándose como bestias doloridas. El olor de la máquina, el balanceo del buque, el vaho corrompido que se respira en la bodega, donde se ha improvisado un dormitorio con unos cuantos tabloncillos y otras tantas colchonetas de paja, las han puesto en aquella situación latmosa.

Los chiquillos, más débiles todavía, no pueden resistir tantos sufrimientos, y to los los días se arrojan dos o tres cadáveres al mar. Y entonces salen del barco y se mezclan con el ruido de las olas, y llegan hasta el cielo los gritos desgarradores de las madres, de las pobres madres, que en el paroxismo del dolor maldicen a los asesinos de los pobres y vaticinan el fin desastroso de esta sociedad perversa.

Entretanto el cura, el cacique, el administrador de consumos, el cobrador de contribuciones y el amo de la tierra, disfrutan allá en la pintoresca aldea de toda clase de comodidades. Para ellos es la frescura de los prados, la dulce sombra de los oscuros castaños y altos pinos, la cándida leche de las vacas rojizas, el oro y el hierro de las minas....

Rosalta Castro, Lamas y Carvajal, Curros Enríquez y todos los vates gallegos, lloraron en versos tiernísimos los males de la emigración. No se escucharon, sin embargo, sus quejas. Hasta algunos de ellos, como Curros Enríquez, han tenido también que emigrar a América. Hicieron bien. Antes que hacerse cómplice de las vergüenzas de la patria, más vale abandonarla en manos de los viejos egoístas y concupiscentes que la conducen al abismo.

¡Ah! No es sólo en Galicia donde se llega a cabo el triste éxodo del pueblo hambriento, cansado de sufrir sin esperanza. En la hermosa Andalucía sucede lo mismo. En las costas levanti-

nas, millares de proletarios se embarcan todos los días con dirección a Argel. Mallorquines y valencianos pueblan las florecientes ciudades del Africa francesa. Con su esfuerzo y su trabajo han contribuido poderosamente a la obra civilizadora realizada en el país de Barbarroja por la vecina república.

Y si de España nos trasladamos a Italia, veremos que también allí millares de proletarios huyen del solar de sus mayores para no morirse de hambre. Mientras que los salones del Vaticano amenazan derrumbarse con el peso del oro y la ciudad de Roma regala una cuna de plata a la heredera de Víctor Manuel, la miseria hace horribles estragos en la flamante monarquía, y calabreses, napolitanos y piemonteses, se embarcan para el Brasil, sin temor al mar, sin temor a la fiebre amarilla, sin temor a lo desconocido, en cuyo oscuro fondo ven brillar un rayo de esperanza.

¡Poner trabas a la emigración!... ¿Con qué derecho? A mi memoria acuden en este momento unas inspiradas estrofas del insigne Curros Enríquez que, traducidas al castellano, dicen poco más o menos lo siguiente:

«¿En virtud de qué halagüeña promesa, en nombre de qué Dios ni de qué ley, queréis que aquel que condenáis a muerte no huya si puede?... ¿Qué ofrecéis en la tierra nativa a ese desgraciado que va a cruzar mares de hiel? ¿Resignación?... Con ella no se come. ¿Fé?... No le basta la fe.

Corred el velo que cubre a la justicia. Dadle trabajo, libertad, saber. ¡No es digna de guardar los restos de sus hijos una patria que no los mantiene!»

¡Poner trabas a la emigración!... Es lo mismo que pretender concluir con la mendicidad, cuando todos los días la tiranía del capital y el egoísmo de los detentadores de la tierra y la riqueza arrojan nuevos seres en el inmenso bárrato de la miseria.

Hacen bien en huir esos infelices, aun a trueque de pasar tan tremendas calamidades como las que hemos referido anteriormente, mientras que aquí no haya pan, mientras que aquí engorden solamente el fraile y el cacique.

No es que con estériles quejas de los periódicos como se ha de remediar el mal. Es preciso trabajar en favor del pueblo y enseñarle sus derechos. Es preciso, que el trabajo deje de ser el siervo del capital. Es preciso que desaparezcan de una vez instituciones anacrónicas y tiránicas, que viven chupando todas las energías vitales de los trabajadores.... Hasta que esto no suceda, la emigración irá en aumento.

CONSTANTINO PIQUER.

De actualidad

Varios periódicos aplauden el discurso de Lerroux y excitan al Gobierno a resolver con energía el problema catalanista.

Gamazo sufrió retroceso en su enfermedad.

Reproducidos los alborotos escolares a la puerta de la Universidad. Está cerrada y custodiada. Los tranvías han sido apedreados. La policía dió cargas y sablazos. Varios heridos y presos. Los comercios están cerrados.

Urzáiz y Veragua han confiado a Sagasta la solución de los aumentos de Marina. Estúdiase el mantener el presupuesto, arbitrando recursos extraordinarios para continuar las construcciones.

En Barcelona el catedrático republicano Rodríguez Mendez ha aceptado el rectorado. Se le nombrará en seguida. La designación ha sido recibida allí con aplauso entre varios elementos.

El Imparcial comenta la retractación del rector Garriga, opinando que apesar de ella, el Gobierno debe proceder con energía, pues en los establecimientos docentes debe haber personas de imparcialidad que representen la augusta majestad de la ciencia, y el rector de Barcelona ha perdido toda autoridad.

El Liberal excita a la opinión a que responda a los trabajos de la comisión de creación inmediata del monumento a Castelar, para lo que se cuenta con el concurso de las repúblicas de la América latina.

En Alicante un loco, escapado de su domicilio, presentóse en una casa donde había una niña enfermita, llamándose Dios y que iba a curarla.

Pidió a los padres agua caliente, lavóla y púsole fuego, muriendo abrasada. El loco fué preso y dióse de golpes contra las dardes de la cárcel.

Fué sujetado con camisa de fuerza.

La firma de la reina, ha sido combinaciones de magistrados y eclesiásticos.

Figura la jubilación de D. Ricardo Gullón, Magistrado del Supremo.

Varios indultos. Además firmóse decreto que Teverga envió a Romanones y que reservaron.

Supónese que se trata de la destitución del rector de Barcelona.

Sagasta estuvo en palacio a despachar con la Regente.

Londres: El general Luis Botha sorprendió en la frontera de Natal a las fuerzas inglesas, sufriendo éstas gran derrota.

El ministro de la Guerra dice que carece de noticias.

Cerca de Pretoria los boers apresaron un destacamento inglés, causándole bajas.

Veragua estuvo en Palacio, llamado por la reina.

Supónese que es para rogarle que desista de la dimisión.

Firmóse decreto dictando reglas sobre promotores fiscales de entrada y para que a los excedentes de Ultramar pueda nombrarse jueces de entrada en la Península.

En el Canal de la Mancha la niebla ha dado lugar a abordajes y naufragios.

Entre ellos figura un buque español cargado de mineral de cobre.

Torre Villanueva interpelará en el Senado al Gobierno acerca del conflicto de la Coruña.

Una comisión de harineros visitó a Urzáiz para oponerse a la zona neutral de Barcelona.

Gamazo pasó la noche intranquilo. La esposa de Puigcerver está mejorada.

Concedese importancia política al té celebrado en el domicilio de Canalejas.

Asistieron importantes fusionistas.

En la Universidad de Barcelona fijóse edicto ordenando la clausura hasta nueva orden.

Frente a la Universidad formáronse grupos, que disolvió la policía.

La mayoría de los estudiantes llevan lazo en el brazo con los colores nacionales.

Frente al monumento de Colón, un grupo de más de 400 intentó manifestarse.

Fueron disueltos.

En Segovia un incendio destruyó el gran almacén de madera de D. Gabriel Gil.

Hallábase instalado en el edificio del antiguo Casino Segoviano.

Las pérdidas son considerables. Resultó un hombre asfixiado.

Los diputados gamacistas reunieron en el Congreso, autorizando a Maura para que distribuya los turnos en la discusión de los presupuestos.

Como abandonaron todos al mismo tiempo el salón de sesiones, circuló el rumor de fallecimiento de Gamazo, que se desmintió después.

Sigue la discusión de los presupuestos en el Congreso.

Urzáiz contesta a Azcárate exponiendo defectos del régimen republicano.

Enumera calamidades. En la numeración Muro interrumpe, diciendo: —Pero no perdimos territorios.

Urzáiz, contesta: —Pero las escuadras extranjeras apresaron los barcos españoles.

Declaró imposible suprimir de una sola vez el impuesto de consumos.

Rectificaron Azcárate, Urzáiz y Mataix. Robert intervino pidiendo reformas en la reorganización de los servicios, equidad en las tributaciones y mejora en los haberes del soldado y la benemérita.

Urzáiz reanuda la discusión sobre la totalidad de las obligaciones aprobándose.

Debate catalanista. Mencheta dice que el catalanismo solo es regionalismo.

Pidió que se destituya al gobernador.

Los estudiantes de Valencia se amotinaron, obligando a abandonar las aulas a sus compañeros.

Un grupo trasladó e al Instituto y al Hospital, rompiendo los cristales y obligando a suspender las cátedras.

Marcharon al Gobierno civil, pidiendo la retirada de la policía.

El gobernador arengóles y disolviéronse, amenazando.

Dió una carga la benemérita y disolviéronse. A consecuencia del motín ha habido dos heridos.

de la asignatura de religión en los Institutos y la enseñanza libre.

Aparece desde luego en su discurso una contradicción flagrante. Lo que es querer que sea libre la enseñanza, y hacer la de la religión obligatoria. Si ha de ser la enseñanza libre, no cabe obligar a nadie a que enseñe y aprenda determinadas asignaturas.

¿En qué funda el arzobispo la necesidad de cátedras religiosas en los Institutos? Pura y simplemente en las excelencias de la religión y en que el catolicismo es la religión del Estado. Sin religión, según él, no se concibe ni sociedades bien organizadas, ni familias con orden, ni individuos honrados, ni propiedad en los pueblos, ni adelantos, ni grandezas. La religión es la que forma los grandes caracteres.

Aquí hay, desde luego, un equívoco. ¿De qué se trata? ¿de la religión en general ó de la religión católica? Si de la religión en general, todas las religiones, en opinión del arzobispo, han llenado y llenan los mismos fines, y no hay razón para que se enaltezca y encumbre al catolicismo. Si se trata sólo de la religión católica, el arzobispo es por demás injusto. Antes del cristianismo hubo sociedades bien organizadas, y familias con orden, y gentes honradas, y progreso y grandes caracteres. ¿Dónde se encontrarán caracteres tan grandes como los de la antigua Grecia y los de la antigua Roma? ¿Dónde se encontrará un pueblo como el romano, que avasalló y civilizó el mundo que entonces se conocía?

No es sólo la religión la que forma los grandes caracteres. Cita el arzobispo los mártires. Hoy vemos a hombres sin Dios afrontando como ellos la muerte. No esperan como aquellos la recompensa de ultratumba: no creen en el cielo.

Bajo el catolicismo, como bajo todas las religiones, ha habido grandes caracteres y hombres abominables. Abominable fué el rey D. Pedro, abominable el Duque de Alba, abominables algunos de los caudillos que recientemente pelearon en América y en Oceanía para retener nuestras colonias.

Hoy tiene el Estado una religión, pero tolera los demás cultos. Lejos de estar obligado a enseñar la religión en los Institutos, lo está a proscribirla. Allí en su conciencia lo cree así el arzobispo, puesto que dice que la enseñanza religiosa ha de ser sólo para los católicos.

En la discusión del segundo tema estuvo más firme. No es verdad que la Iglesia haya defendido nunca la libertad de los hombres ni la de los pueblos. Ha castigado aun con la hoguera a los que contradecían sus dogmas, y no ha aceptado jamás progreso que los desmintiese ó pareciese desmentirlos. Tampoco lo es que haya abolido la esclavitud ni la servidumbre. San Pablo prescribió a los esclavos que obedeciesen a sus señores como a Cristo, y la esclavitud, cuando había casi desaparecido en Europa, reanunció con todo su vigor en América apoyándola la Iglesia. Se la ha desterrado hoy de aquel continente, pero no por la Iglesia ni por los esfuerzos de las naciones católicas, sino por los pueblos protestantes: Inglaterra y los Estados Unidos.

No puede la Iglesia invocar en su favor libertad alguna; pero nosotros defendemos, como el arzobispo, la de enseñanza. Nosotros lo queremos libre todo: libre el ejercicio de todas las profesiones y libre el modo de enseñarlas y aprenderlas. Admitimos que el Estado tenga establecimientos de instrucción y expida títulos; pero sólo para el que los quiera como garantía de su saber y sus conocimientos. Dictará, naturalmente, condiciones para otorgarlos, y a ellas deberán someterse los que pretendan.

Fuera del Estado, ¿quiere alguien fundar escuelas, Institutos, Universidades, e studios técnicos? Libre ha de ser para establecerlas y aun para expedir títulos en que se diga qué centro los emite. Habrá así licenciados y doctores por las Universidades libres y por las del Estado.

Se apoderará de la instrucción el clero, se dice. No lo tememos, suprimidas las comunidades religiosas y toda clase de privilegios. Cuando fuera de temer, hay que aceptar las consecuencias de los principios que se sostienen. Contra una cátedra, otra cátedra; ante un orden de conocimientos, otro distinto.

La Constitución da hoy la libertad de enseñanza: no vayamos a ser menos liberales que los conservadores.

F. PI Y MARGALL.

Noticias locales

ASUNTOS DEL DIA

El concejal señor Ysero requirió ayer al señor Amores Domingo, ante notario, alegando que, como concejal que tenía mayor número de votos, a él debía estar encomendado el desem-

El arzobispo de Sevilla

Habló en el Senado el arzobispo de Sevilla. No es lo ogro que le pintan. Fué templado y breve. Discutió dos temas: el carácter obligatorio